

Es menester igualmente
 Salir flaca. — Bien sé yo,
 Que se ha dicho, á mas de quatro,
 Lo mismo, en tal ocasion

LIBRO CUARTO.

FABULA PRIMERA.

EL LEON ENAMORADO.

Un Leon, de ilustre cuna,
 Atravesando un prado, encontró á una
 Gentil Pastora. — De ella enamoróse,
 Y á pedirla atrevióse
 Por muger. — Bien quisiera
 Otro yerno su padre, que no fuera
 Tan terrible. Muy duro se le hacía
 Conceder la demanda; pero vía
 También, que era arriesgado
 Negársela. — Con ánimo doblado,
 (Temiendo disgustar á tal amante)
 Le dixo así. — “Es constante,
 Que mi hija es delicada,

Gran Júpiter, que pudiera
 Preocupar de tal manera,
 El amor propio, que un bicho
 Tuviese el raro capricho,
 De presumir competencia
 Con la que, por excelencia,
 Hija es del ayre. Frecüento
 Los palacios, y me sienta
 Sobre tu mesa: allí gusto,
 Antes que tú, del robusto
 Buey, que suelen ofrecerte,
 Para propicio tenerte.

Siendo así, tú, miserable

Sabandija despreciable,
 (Dixo á la Hormiga) ¿te atreves,
 Sin el respeto que debes,
 Á ponerte ante mis ojos,
 Quando solo de despojos
 Infelices, te mantienes,
 Y apenas aliento tienes

Para andar? Dime, cuitada,
 ¿Te has visto, qual yo, sentada
 De un Rey sobre la cabeza?
 Del pecho de una belleza,
 ¿Has gozado, por ventura,
 Alguna vez? — Su blancura
 Se aumenta con mi contraste:
 Su hermoso pelo, de engaste
 Me sirve, siempre que quiero;
 Y, en fin, quando con esmero
 Quiere una dama tocarse,
 Seguro, que de adornarse
 Dexe el rostro (si no es tosca)
 Con lunares, que á la Mosca
 Remedan: ¿Qué hay, pues, que diga
 Á esto la señora Hormiga?
 Rómpame ahora la cabeza,
 Con su granero, ó simpleza
 No Replicó la Vividora
 ¿Acabó usted ya, señora?

Vos frequentais los palacios;
 Pero, en todos sus espacios,
 Os maldicen y abominan.

Los dones, que se destinan
 Á los Dioses, la primera
 Gustais; mas, de esa manera,
 Obran siempre los profanos.

Tocais de los soberanos
 Las cabezas, no lo niego,
 Pero sé que suele luego,
 Vuestra porfia imprudente,
 La muerte hallar. — Finalmente,

Dexa ese lenguaje vano,
 Y piensa con juicio sano.

Las Moscas, y Moscardones,
 De hambres, golpes, aflicciones,
 Y miserias, sin remedio,
 Morís, quando el duro asedio
 Sufren todos los mortales,
 De los Inviernos fatales;

Pero, entonces, las Hormigas,
 Nos comemos, sin fatigas,
 El fruto de nuestro afan;

Y, mientras sufriendo estan
 Los otros las rigurosas
 Intemperies, muy gozosas
 Vivimos en nuestra cueva,
 Seguras de que se atreva
 La fiera necesidad
 Á nuestra tranquilidad,

(Legítima consecuencia
 De la industria y la prudencia)

Os hace ver esta historia,
 Lo que es una falsa gloria,
 Ó una gloria verdadera.

Quédate á Dios, altañera,
 Que no quiero malograr
 Mi tiempo, pues con hablar,
 No se evita el grave daño
 De pasarnos un mal año.

FABULA IV.

EL HORTELANO Y SU SEÑOR.

Un Hortelano, tenía, Y
 La huerta bien cultivada,
 Llena de sabrosas frutas,
 Y de mil legumbres varias;
 Mas una maldita Liebre,
 Todo á perder se lo echaba.
 Inventó dos mil ardides,
 Con deseos de matarla;
 Però inútiles le fuéron.
 Viéndose así, sin tardanza,
 Lo notició á su señor,
 Para que lo remediára.
 Vino éste, y traxó consigo
 Criados, y Perros de caza,
 Y Caballos. — Lo primero
 Que hicieron, á su llegada,
 Fué almorzar potentemente,

Y beber bien; decir chanzas
 Á la hija del Hortelano,
 Y arrojar por la ventana
 (Como dicen vulgarmente)
 El bodegon. — Acabada
 La tal huelga, comenzáron
 Á dar á la Liebre caza,
 Tronchando de los frutales
 Las bellas fértiles ramas,
 Pisando las hortalizas,
 Y arruinando toda planta.
 Fué la destruccion completa,
 Y no consiguieron nada,
 Porque se quedó la Liebre
 Escondida, como estaba.
 Para colmo de desdichas,
 Derribáron una tapia,
 Y salieron á caballo,
 Con estruendo y algazara,
 Por la brecha (como en triunfo.)

Vió á su amo rebosando de alegría.

No pudo contenerse mi Jumento:

Juzgó la ocasion buena. — Como un viento,

Corrió hácia su señor, fuera de tino,

Y, con pesado afecto, el gran Pollino,

Sobre los hombros le plantó sus brazos,

Dándole, cariñoso, mil abrazos,

Envueltos en rebuznos. — “Ola, Mozos,

Acudid luego, porque me hace trozos

Este maldito Burro, „ gritó el amo.

Acuden con garrotes al reclamo,

Descargan en los lomos del Pollino,

Y vuélvenlo, afrentado, á su destino.

FABULA VI.

LA BATALLA ENTRE LOS RATONES

Y LAS COMADREJAS.

Las dos naciones, Comadreja y Gata,
Siempre han querido mal á los Ratones,
Y, á no ser por las puertas diminutas,
Que usan en su mansion estos señores,
Sufrirían del pueblo Comadreja,
Hostilidades mil, mil incursiones.

Ratapon (Monarca insigne

De la nacion Rata) vióse

Obligado á defenderse,

Porque ultrajaban su nombre

Las cobardes Comadreas.

Puso un ejército enorme

En campaña, y, otro igual,

Pusieron ellas entonces.

Diéronse campal batalla,

Atacándose feroces

Ambos campos, y cubriéron

Toda la tierra de horrores.

Por muchas horas dudosa

La victoria estuvo. El golpe

De ser vencidos, por fin,

Cayó sobre los Ratonés.

Fué completa su derrota.

Por mas que hiciéron acordes,

Dos mil proezas los caudillos,

Y que de polvo y sudores

Se cubriéron, fuéron vanos

Sus esfuerzos. — Retiróse

El campo Raton, cediendo

Del triste hado á los rigores.

Capitanes y Soldados,

Huyéron con pies veloces.

Salvóse la triste gente,

Pero no así, los señores.

Aquellos entrar podían,

Sin estorbo, en sus mansiones;

Pero á estos (con los adornos,

Debidos á sus honores,

De plumages abultados,

Sobre ricos morriones,

Sin duda con el objeto

De que pánicos terrores,

En el ejército opuesto

Se introduxesen) cogióles,

Por entero, la desgracia,

Pues en sus habitaciones

No cupieron, al entrar

Huyendo de los rigores

Del vencedor enemigo.

Esta Fábula nos pone

Á la vista, que el pequeño

Puede de sus aflicciones

Librarse dichosamente;

Pero los grandes señores,

En su mismo ensalzamiento,

Suelen hallar sus prisiones.

FABULA VII.

EL MONO Y EL DELFIN.

Era, entre Griegos, uso inveterado,
Llevar todo navío tripulado
Con Monos, Perros, y otros animales.

Á los irracionales,
Que viajaban en uno, la cruel suerte
Preparó dura muerte,
Mezclada con mil penas,
Pues naufragaron muchos junto á Atenás.

Ni uno hubiera evitado su exterminio,
Si los Delfines, (como dice Plinio)
Del hombre apasionados, no se hubieran
Empeñado en su auxilio. — Tantas eran
Las confusiones en aquel fracaso,
Que hasta logró salir de aquel mal paso,
Cierta Mono atrevido,
Á quien inadvertido
Salvó un Delfin, creyendo

Que era hombre. — Presumiendo
Iba el Ximio, de modo, que qualquiera,
Que á una cierta distancia lo advirtiera,
Le hubiera equivocado
Con aquel celebrado
* Cantor, á quien la fama,
Por su destreza, aclama.

Pero antes de ponerle
En tierra, quiso hacerle
Varias preguntas el Delfin. — El Mono,
Con orgulloso tono,
Respondió, ponderando
Su influxo y alianzas, combidando,
Con su alta proteccion, y util sufragio,
Al que le libertaba del naufragio.

Burlábase el Delfin (era prudente)
De tanta vanidad impertinente.

Volvió el rostro por ver á quien llevaba,

* Arion, libertado del naufragio por un Delfin: véase á Herodoto l. i.

Y quando imaginaba,
Que era un hombre formal, vió, con asombros,
Que conducía á un Ximio vil en hombros.

Dexó caer al agua
Á la bestia, que tal engaño fragua,
Y volvióse ligero,
A libertar á un hombre verdadero.

Pero antes de ponerle
En tierra, quiso hacerle
Varias preguntas el Señor. — El Mono.

FABULA VIII.

EL HOMBRE Y EL ÍDOLO.

Cierto Pagano, tenía
Un Ídolo de madera
En su casa, de estos Dioses,
Que, aunque se les ven orejas,
Son sordos. — El tal Pagano,
No ostante, muchas grandezas
Dél esperaba. — En verdad,

Que buen monton de pesetas
Gastadas con él llevaba,
En continuadas ofrendas,
Y Bueyes sacrificados,
Coronadas las cabezas
De guirnaldas. — Jamás hubo
Simulacro, que tuviera
Tanta adoracion y aplauso,
Ni que diese menos muestras
De gratitud al obsequio
De su adorador: ni herencia
Tuvo, ni al juego ganancia,
Ni vió, en fin, la mas pequeña
Demostracion. — Al contrario,
Apenas hubo tormenta,
Que no causase perjuicios
En sus viñas, ó en sus huertas.
Pero, á pesar de todo esto,
Con la misma reverencia
Trataba al Ídolo. — En fin,